
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

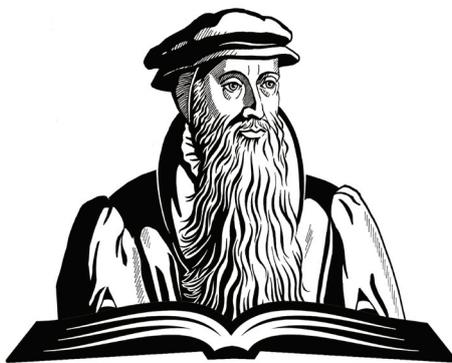
Lección 104: La huida de Jonás

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 104

LA HUIDA DE JONÁS

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 104

La historia de Jonás es una muy conocida, incluso por los más pequeños. Los críticos modernos también han prestado mucha atención a este relato. Algunos afirman que este libro es sólo una alegoría; otros lo descartan por completo debido a los aspectos sobrenaturales del mismo, como el «gran pez» tragándose a Jonás, el cese inmediato de la tormenta, el arrepentimiento de toda la ciudad, y el rápido crecimiento y muerte de la calabacera. Muchos eruditos bíblicos han explicado cómo ocurrieron algunos de estos eventos, pero lo más importante es que tenemos la confirmación de Cristo mismo sobre esta historia, en Mateo 12:39-41.

El nombre de Jonás en hebreo significa «paloma». Era el «hijo de Amitai», esto lo leemos en Jonás 1:1. Fue un profeta de Israel originario de Gat-hefer, una aldea cercana a Nazaret. Él también profetizó durante el reinado de Jeroboam II, entre el 793 al 753 a. C. Jonás había transmitido un mensaje que alentaba al rey de Israel a expandirse, cuyo reinado estuvo marcado por la prosperidad, la expansión y, lamentablemente, la decadencia moral; podemos leer esto en 2 Reyes 14:23-25.

Jeroboam II fue el rey más poderoso del reino del norte. Aunque los asirios habían establecido su supremacía en el cercano Oriente, y habían asegurado el pago de tributos de Jehú, hubo un breve período en el que Jeroboam fue capaz de asegurar las fronteras del reino. Sin embargo, dado que la vida religiosa de Israel estaba en tal decadencia, Dios envió tanto a Oseas como a Amós para advertirles sobre el juicio inminente. Esto lo vimos en las lecciones anteriores.

Se hizo evidente que la nación de Israel caería bajo el instrumento escogido de la ira de Dios: una nación gentil del este. Dios usará a Asiria para castigar a Israel. Los asirios eran conocidos por su trato cruel para con sus enemigos. Un historiador señala que «los súbditos rebeldes eran masacrados por cientos, a veces quemados en la hoguera. Después, sus cráneos eran amontonados en grandes pilas junto al camino como advertencia para los demás». Fue a la ciudad de Nínive, la capital, donde fue enviado Jonás.

Dios le dice a Jonás: «Levántate, ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama contra ella, porque su maldad ha subido delante de mí». Este es un mandato difícil de cumplir para Jonás: ¡Tiene que ir a la capital de una nación enemiga, y predicarles! Tiene que advertirles que Dios los castigará si no se arrepienten. ¿Y si se arrepienten? Entonces

Dios los perdonará. ¿Y después? Bueno, si es así, aún seguirán en el poder, y podrán invadir Israel.

Y no solo eso, sino que la ciudad es una formidable. Nínive estaba ubicada en la costa oriental del río Tigris, a unos 885 km. de Samaria, capital del reino del norte. Nínive era grande y, al igual que Babilonia, estaba protegida por un muro exterior y un muro interior. El muro interior tenía 15 m. de ancho por 30 m. de alto. Y ahora se supone que Jonás debe entrar en este territorio enemigo, sin ser invitado, y predicarles a ellos.

A Jonás no le tomó mucho tiempo tomar una decisión: No irá predicarles a estos enemigos paganos. De hecho, él va a huir... ¿de los ninivitas? No, sino que leemos: «Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, y descendió a Jope, y halló una nave que partía para Tarsis; y pagando su pasaje, entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová».

Dos veces leemos en este versículo que Jonás está tratando de alejarse de la presencia del Señor. Pero, ¿acaso no sabe que eso es imposible? ¿Acaso no sabe que Dios es omnipresente? ¡Nadie puede esconderse de la presencia de Dios! Pero, antes de juzgar a Jonás, mirémonos a nosotros mismos. ¿Con cuánta frecuencia pecamos como si Dios no pudiera vernos? También somos culpables de pensar que podemos escondernos o huir de la presencia de Dios.

Pero echemos un vistazo a dónde está tratando de ir Jonás. Nínive estaba a unos 350 km. al noroeste de la actual Bagdad. Jonás huyó a Tarsis, que es el nombre de un puerto fenicio en España. Tarsis estaba a unos 3,500 km. al oeste de Jope. Así que, Jonás no solo estaba tratando de huir. ¡Jonás estaba haciendo todo lo humanamente posible por distanciarse de Nínive!

Jonás va al puerto de Jope, y encuentra un barco mercante que partirá hacia Tarsis. No era inusual que estos mercaderes llevaran a bordo a pasajeros adicionales. Por lo que, Jonás paga el viaje, sube al barco, y baja a la bodega para dormir.

Mientras el barco navega atravesando el mar Mediterráneo, se desata una terrible tormenta. Pero esta no es una tormenta cualquiera; esta tormenta fue enviada por Dios. Los marineros están terriblemente asustados, por lo que claman a sus respectivos dioses. Como la tormenta no cesa, entonces ellos comienzan a echar al mar sus mercancías por la borda. Sabemos que en este momento están desesperados, porque vendiendo sus mercancías en Tarsis era la manera en que ganaban su dinero, y ahora están arrojando al agua este cargamento en un intento de aligerar el barco para salvar sus vidas. Sin embargo, no consiguen nada.

Y ahora recuerdan que Jonás estaba abajo en el interior del navío. Así que van, lo despiertan, y le piden que ore a su Dios. Tal vez su Dios le responda. Mientras tanto, ellos deciden echar suertes para averiguar quién es el causante de esta situación. Cuando

echaron suertes, la suerte cayó sobre Jonás. Entonces, le comienzan a bombardear con preguntas. «Decláranos ahora por qué nos ha venido este mal. ¿Qué oficio tienes y de dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra y de qué pueblo eres? [¿De qué nacionalidad eres y de qué religión?].

Jonás les cuenta todo: Les dice que es hebreo, y que sirve al Dios verdadero, al único Dios, al Dios que ha creado todas las cosas. Él también les dice que está intentando huir de este Dios. Los hombres están asombrados, pero aún más asustados. «¿Por qué has hecho esto? —le preguntaron— ¿Qué tenemos que hacer para que esta tormenta se detenga, y el mar vuelva a quietarse?». Jonás les dice que lo echen al mar porque es su culpa que haya venido la tormenta. Los hombres no quieren hacer esto, probablemente porque tienen miedo de lo que el Dios de Jonás podía hacerles. Así que intentan remar hasta la costa, pero no pueden.

Entonces hacen algo sorprendente: Oran al Dios de Jonás. Escucha lo que dicen: «Te rogamos ahora, Jehová, [te rogamos ahora], que no perezamos nosotros por la vida de este hombre, ni pongas sobre nosotros la sangre inocente; porque tú, Jehová, has hecho como has querido». En otras palabras: «Señor, no tenemos otra opción: O morimos todos, o muere este hombre por lo que ha hecho. Así que, por favor, no permitas que esto nos sea por pecado. Sólo estamos haciendo lo necesario para salvar nuestras vidas».

Así que toman a Jonás, y lo echan al mar, y la tormenta se detuvo. Las olas vuelven a calmarse nuevamente. Leemos: «Y aquellos hombres temieron a Jehová con gran temor, y ofrecieron sacrificio a Jehová, e hicieron votos». No sabemos si hicieron sacrificios de inmediato o cuando llegaron a su destino, pero estos hombres reconocieron la soberanía, y el poder del Señor.

¿Y qué pasó con Jonás? Dios preparó un gran pez para que se lo tragara, y así salvar su vida. Jonás estuvo en el pez durante tres días y tres noches, milagrosamente preservado por el Señor. Ahora, Jonás tiene tiempo para reflexionar y pensar. Encontramos sus pensamientos, y oraciones en el capítulo 2: «Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me respondió; desde el vientre del sepulcro clamé, y mi voz oíste. Y me echaste a lo profundo, en medio de los mares, y me rodeó la corriente; todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí».

Jonás, desesperado, clama a Dios, y no culpa a los marineros por su situación; él reconoce que esto viene de la mano de Dios. Él continúa: «Y yo dije: Arrojado soyde delante de tus ojos; pero aún veré tu santo Templo». Él es quien quería huir de la presencia de Dios, pero ahora deseaba poder mirar hacia Jerusalén. Y parece que le es dada la fe para creer que podrá hacer eso.

Ahora describe también su situación actual: «Las aguas me envolvieron hasta el alma, me rodeó el abismo; las algas se enredaron a mi cabeza. Descendí a las raíces de

los montes; la tierra echó sus cerrojos sobre mí para siempre; pero tú sacaste mi vida de la fosa, oh Jehová Dios mío. Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová, y mi oración llegó hasta ti en tu santo Templo. Los que guardan las vanidades ilusorias, su misericordia abandonan. Pero yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios, pagaré lo que prometí. La salvación pertenece a Jehová».

Es como si él estuviera describiendo su descenso al fondo del mar. Él está hundiéndose cada vez más, si ninguna esperanza de sobrevivir; y, entonces, Dios lo salva por medio del gran pez. Luego ora con sinceridad, confesando su pecado, y agradeciendo al Señor por su salvación. Él también promete cumplir su palabra, su voto al Señor, y obedecerlo.

Luego él termina con una declaración que nunca debemos olvidar: «La salvación es del Señor». No podemos ganar, ni merecer la salvación. No podemos iniciar la salvación. Solo Dios salva. Es Su obra de principio a fin.

¿Has aprendido o experimentado esta importante lección en tu propia vida? Si no, entonces, busca al Señor mientras todavía pueda ser hallado. Invoca Su nombre mientras está cercano. Hoy es el día de salvación.

Estoy seguro que Jonás pensó en muchas más cosas. Estoy seguro que también oró mucho más que otras veces, pero sólo tenemos lo que Dios nos ha dado por inspiración de Su Espíritu, en el capítulo 2. Entonces, ¿qué sucedió después de los tres días? Dios le ordena al gran pez que vomite a Jonás en la playa, probablemente, muy cerca de donde partió originalmente el barco. Jonás ahora está a salvo, y ha aprendido algo: No se puede huir de la presencia de Dios. En nuestra próxima lección veremos cómo reacciona Jonás cuando Dios lo llama por segunda vez.